

VI

Cogida en el lazo

La habitación en donde se encontraba la joven era muy grande y estaba artesonada de encina, de alto á bajo.

El papel era allí desconocido. Las telas caras. La tapicería de un precio exorbitante.

Se servían de lo que tenían más á mano.

La encina, ennegrecida por los años, daba á aquella habitación un aspecto severo y casi conventual.

El lecho, de altos piés y retorcidas columnas, tenía una especie de dosel de telas de seda, antiguas y ajadas, que hoy se trataba de imitar sin conseguirlo, y que ántes servían para cuatro ó cinco generaciones.

Dos grandes sillones ocupaban los lados de la chimenea, y sobre esta, en lugar de espejo, incrustado en la madera, un retrato de mujer en pié daba frente á la cama, desde la cual no se podía levantar la vista sin verla.

Aquella mujer, en cuyas facciones no podía ménos de notarse algun parecido, un aire de familia, con el baron Santiago de Brandes, tenía impresa en su fisonomía y en su actitud una

estrema rigidez y dureza, debidas quizás á la insuficiencia del artista. Era, sin embargo, el retrato bastante parecido, de la madre del baron.

El techo, de entrelazadas vigas negras sobre un fondo de yeso, era bastante elevado. La señorita de Roye, impulsada por una curiosidad muy natural, y que ha sido en todo tiempo patrimonio de las hijas de Eva, despues de haber examinado el escaso mobiliario, completado por un gran armario y una mesa de retorcidos piés, quiso recorrer las habitaciones inmediatas á aquella que habia venido á ser su dominio por una noche.

Trató de abrir las puertas que comunicaban con ellas, pero no pudo conseguirlo. La única que pudo abrir fué la del gabinete tocador, que por cierto estaba confortablemente arreglado.

Vencida al fin por la fatiga, dejó caer una por una todas las prendas de su traje sobre la piel de lobo que servía de alfombra, ó los arrojó negligentemente sobre los viejos sillones, de igual modo, sin duda, que debieron hacerlo los antepasados del baron que vivieron allí. Recogió sus hermosos y espléndidos cabellos, con cierta coquetería, ante el único espejo que habia en el tocador, se miró en él de nuevo, sonrió con su gracia de joven feliz á su juventud y á su elegante frescura, y acercándose al lecho se deslizó en él, tiritando de frio.

Pensó un instante en las tiernas frases que habia escuchado en el bosque y en el temblor de la voz que las pronunciaba; vió las varoniles y arrogantes facciones del elegido de su corazón y dejó escapar un nombre de sus labios: ¡Roberto! Contempló en el techo el resplandor de las llamas de la chimenea, y poco á poco se le cerraron los ojos y cayó en un profundo sueño.

La casa parecía tambien dormida desde la bodega al tejado, y lo mismo la campiña que la rodeaba.

Hasta Susana había dejado de producir ruido en la sala de abajo.

Sin embargo velaba.

Acurrucada ante el fuego del inmenso hogar de la cocina, esperaba.

Y á quien ella esperaba, no debía tardar en presentarse.

Cuando la puerta de la habitación del vizconde de Beaulieu se había cerrado, una sonrisa de triunfo había iluminado el rostro de Santiago de Brandes.

Lo que él había creído imposible, se realizaba.

La suerte, por una de esas casualidades que son suficientes para trastornar la vida de un hombre, le ayudaba entregándole la presa que deseaba, sin esperanzas de alcanzarla.

—¡Mis pájaros están ya en la jaula!—pensó.

Pero no podía hacer nada sin la complicidad de Susana.

Esta era suya en cuerpo y alma.

Susana tenía unos cincuenta años. Se había criado en la aldea de Brandes, recogida por el padre del baron; era de la familia y participaba de sus odios como de sus afecciones.

Los marqueses de Roye, de quienes había oído contar tanto malo, eran los herederos enemigos. Todos los bienes de la casa les pertenecían. Esta desigualdad le irritaba. Ella había presenciado las aflicciones y las humillaciones de sus amos. Desde hacía cerca de medio siglo, oía el grito de sus rencores, que habían llegado á ser los de ella.

Santiago no le había dicho más que dos palabras aquella noche.

—Quiero tener una explicación con Germana. ¡Que esté sola en la casa, es preciso! ¿Lo entiendes?

¿Había querido comprender Susana?

En todo caso obedecía pasivamente.

Lo que el amo exigía, estaba bien.

La casa estaba vacía.

Susana había inventado un pretexto para lle-

varse hasta al niño, que dormía siempre á su lado y del cual cuidaba con ternura maternal.

El baron podía venir: lo que él meditase, lo que hiciese, era cuenta suya y de su conciencia.

Susana no encontró observación alguna que hacer.

En lo que ocurriera, fuera lo que quisiera, la sirvienta de Brandes no veía más que un desquite permitido á los parientes pobres contra los parientes ricos. Contra *la Princesa*, como se llamaba á Germana de Roye en la casa, con violencia amargura y evidente ironía.

En todas las casas hay siempre una cabeza que domina á las demás. En Brandes era la del baron la que dominaba. Le obedecían, ciegamente, algo porque veían que era enérgico y mucho porque, en suma, le querían por su generosa aunque brusca cordialidad. Jamás tenía nada suyo y no se cuidaba él mejor que sus servidores. No estaba, pues, rodeado más que de gentes agradecidas.

Sin embargo, y á pesar de su indómito carácter, de su audacia y de todas sus energías, no podía decidirse sin terribles vacilaciones, á cometer una infamia como la que meditaba. Después de todo, había sido hasta entonces un hombre honrado y tenía derecho á llevar la frente alta. Eran precisos, pues, un odio irreconciliable ó una implacable pasión, para arrastrarle á tales extremos.

Esperó un instante en su habitación, de pié al lado del lecho de su sobrino, contemplando el dulce y tranquilo sueño de aquel ser inocente, cuyos labios sonreían. En lugar de calmarle, se hubiera dicho que aquel angelical rostro le impelia á resoluciones más siniestras. Se inclinó sobre él, tocando apenas con los labios la frente del niño y murmuró confusamente una amenaza. Después, escuchó. Todo estaba en silencio. Avanzó de puntillas hasta la puerta y abrió ésta con infinitas precauciones y sin producir el menor ruido. Se quedó un momento inmóvil y apoyado en la galería de madera, sus-

pendiose despues de ella con una mano, mientras que sostenia una linterna en la otra; se dejó caer al suelo del patio y atravesó el parque.

Todas las ventanas de la casa estaban cerradas. Tan solo un débil rayo de luz pasaba por los intersticios de la mal cerrada puerta de la cocina.

Se aproximó á paso de lobo y no tuvo más que empujar la puerta. Susana no dijo ni una palabra. No hizo más que cambiar con su amo una mirada de inteligencia.

El reloj dejó oír un prolongado chirrido y dió una campanada tan solo.

El baron miró la esfera; las agujas marcaban las doce y media.

Cogió un carbon del hogar y trazó en la pared, en un rincón invisible, esta fecha: *17 de diciembre de 1865.*

La sirvienta desapareció sin hacer ruido.

Santiago cogió la linterna, que habia dejado en el suelo y ganó la escalera.

Una vez arriba, se detuvo como si una fuerza misteriosa le hubiera impedido dar un paso más.

Para los antiguos, que valian más que nosotros, el huésped, es decir, la persona que ha recibido asilo bajo nuestro techo, estaba revestido de un carácter sagrado. Aunque fuera un enemigo mortal, su cabeza estaba protegida por un inviolable punto de honor.

Este sentimiento luchaba con el alma del baron. No se atrevia á franquear el pequeño espacio que le separaba de la señorita de Roye.

Un supersticioso terror le tenia como clavado á la puerta de aquella habitacion, en la cual un fantasma le impedia la entrada.

Al fin hizo un brusco esfuerzo sobre sí mismo, separó con un gesto aquel espectro del honor, dió vuelta á la llave y entró.

Esto produjo un ligero ruido. Pero aun cuando fué ligero, causó tambien su efecto.

Despertada en su primer sueño, Germana levantó la cabeza y preguntó:

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó.

Santiago se habia parado en el dintel.

Únicamente el rojizo resplandor del fuego de la chimenea aclaraba algo la habitacion.

La jóven se incorporó en su lecho, pero nada nsiguió ver.

El baron levantó entonces lentamente la linterna, cuya luz dirigió hacia la cabecera del lecho.

La señorita de Roye dió un grito.

—No temais,—dijo el baron—soy yo.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

Se aproximó al lecho.

Ella alargó instintivamente la mano, como para apoderarse del cordon de la campanilla.

Santiago vió el movimiento:

—No busqueis,—dijo, con cierta ironía—seria en vano. ¡Esos refinamientos son desconocidos en esta casa! Además, aunque llamarais y os oyeran, nadie vendria.

La jóven tuvo la intuicion de un peligro.

El acento del baron era breve, sarcástico.

Germana tuvo miedo, y quiso gritar, pero se contuvo.

Su primo dejó tranquilamente la luz sobre la mesa.

Colocó despues un sillón al lado del lecho, se sentó á la cabecera y fijó durante un minuto su amenazadora y terrible mirada en el encantador rostro de su prisionera.

Repuesta de su primer sobresalto, Germana parecia que esperaba lo que iba á decirle, más bien con curiosidad que con inquietud.

—Vamos—dijo—hablad, os lo ruego. Me caigo de sueño y el sitio, convendreis en ello, está mal elegido para confidencias.

El baron contestó en el mismo tono:

—Pienso interesaros lo suficiente para sostener vuestra atencion.

—Hablad pronto.

—Voy allá. Desearia saber,—dijo con tran-

quilo tono, si vuestra intencion es, como se dice, casaros con el vizconde de Beaulieu.

—¿Qué puede interesaros eso?

—Contestadme primero, y despues... confianza por confianza.

—Ignoro lo que decidiré.

—El vizconde de Beaulieu ha pedido vuestra mano.

—¿Cómo lo sabeis?

—Lo sé, y esto es lo principal. ¿Qué le habeis contestado?

—Que reflexionaré... que me aconsejaré...

—¿Le amais?

—Tal vez. En todo caso esas preguntas me molestan y me admiran. ¿No soy libre?

—No lo niego...

—Sin embargo...

—Es que yo tengo otros propósitos.

—¿Respecto á mí?

—Respecto á vos. Ese enlace no se llevará á cabo.

—¿Por qué?

—Porque si os agrada á vos, me desagrada á mí.

—¡Ah!—esclamó Germana apoyando los codos en el lecho, y marcando cada una de las sílabas, añadió: En efecto, primo mio, me interesais. ¡Os desagrada ese enlace y pretendis prohibirmelo! ¿Y con qué derecho?

Santiago no vaciló:

—¿Con qué derecho?—dijo,— con el derecho del más fuerte.

El pecho de la joven se oprimió. Un horrible terror se apoderó de ella, pero se irguió y se propuso no dejar traslucir nada.

La resolucion de su huesped debia ser irrevocable, porque hablaba con frialdad, sin apesurarse, como hombre que, seguro de sí mismo, sabe á dónde vá y lo que quiere.

—Teniais razon. ¡Me intrigais lo que no podeis imaginaros! Quiero comprenderos y no lo consigo—replicó.—¡Por favor, hablad claro, explicáos!

Sin duda el baron retrocedia ante una explicacion dificil, porque vaciló algunos segundos, fulto de palabras.

De pronto se decidió.

¡Los momentos eran preciosos!

—¿Por qué no quiero que os caseis con él vizconde de Beaulieu?—dijo.—Es muy sencillo. Seria para mí un suplicio ver que érais de otro. ¡Me mataria, ó mejor dicho, os mataria á vos primero y me mataria yo despues. En una palabra: ¡os amo!

—¡Vos!

—¡Yo!

—¡No lo creo!

—¿Pues qué suponeis?...

Germana se calló.

—¡Os comprendo!—repuso con amarga sonrisa.—¿Creeis que es vuestra fortuna lo que me incita! No en verdad, aunque esa fortuna me pertenezca, despues de todo. ¡Cuando os digo que os amo, digo la verdad! ¿Pensais que no tengo yo ojos como ese Beaulieu, sentidos como él y un corazon como el suyo? ¿Creeis que porque soy pobre, mientras que él tiene cien mil libras de renta, soy de otra materia? Si dejé á Paris despues de la catástrofe de mi hermana, catástrofe causada por la miseria, fué, más que nada, por olvidar, por arrancar de mi corazon esta pasion que á mi mismo me asustaba y que no podia producir más que desastres. ¡Habeis hablado de fortuna, ó al menos pensabais en ello hace un momento! ¡Pues bien, teneis razon; deseé una, pero la deseé porque ella me hubiera aproximado más á vos! ¡A mí, salvaje como soy, qué me importa un lujo que desprecio! ¡Érais solo vos quien me atraia! Alejándome, era de vos de quien huia. ¿Por qué habeis venido á buscarme? Yo jamás hubiera ido á buscaros en medio de vuestros placeres. Sé hasta dónde llego con esta conducta y en vano procuro defenderme. Mirad, estoy aquí, en vuestra habitacion, no he debido atravesar el dintel de esa puerta. que debia ser sagrada para mí, y

aquí me teneis. ¡Comprendo toda la indignidad de esa violencia! Me desprecio á mi mismo, como al último de los bandidos, por haberla cometido y sin embargo, invencible fuerza me impele hácia vos. Todo el día he estado siguiéndoos, como un cazador furtivo sigue á la pieza, evitando daros la voz de alarma. Mi propósito era conducirlos á esta casa y me felicitaba de las peripecias de la caza que á ella os han conducido.

—¡Me habeis tendido un lazo!—dijo con tono mordaz Germana.

—Es posible; pero ¿qué importa? ¿Razona la pasión? Voy á deciros lo que ha ahogado mis últimos escrúpulos. ¡Os vi inclinada sobre el cuello de vuestro caballo para oír más de cerca las declaraciones de aquel hombre! El besó la mano que le abandonábais en señal de asentimiento y eso fué lo que me decidió. Yo hubiera podido veros indiferente á un amor del cual no me atrevía á hablaros. Pero no quiero soportar el suplicio de ver que pertenecéis á otro. El vizconde tiene condiciones que yo no poseo. Sea. Es rico y es elegante; por eso mismo le odio más y mi odio acrecienta por esas superioridades de un rival, al cual no os cederé.

—Pero en fin, ¿qué es lo que queréis?

—¡Yo? Rogaros lo que os rogaba hace un momento. Mi sangre vale tanto como la suya, puesto que es la vuestra. Mi apellido nada tiene que envidiar al de Beaulieu. Yo también os pido vuestra mano, y os juro vivir como esclavo á vuestros pies si me la concedéis...

—¿Y si os la niego?

—¡No os atrevereis!

—¿Quién me lo impedirá?—dijo mirándole frente á frente, como provocándole.

Una súplica le hubiera enternecido. La altanería de la señorita de Roye, reavivó todos los celos, todos los odios amontonados desde hacía un siglo por aquellos desheredados de la familia, contra los que lo habían cogido y guardado todo.

—Escuchad—dijo animándose;—lo que os ofrezco, Germana, es, al mismo tiempo que la ocasión de proporcionaros un servidor fiel, la de reparar una injusticia, compartiendo con nosotros lo que nos pertenece.

Lo que os he dicho es verdad. ¡Os amo, loca, ciegame; pero os confesaré también que os aborrezco, ó mejor dicho, que aborrezco á aquellos de quienes descendéis. Los marqueses de Roye han disfrutado de todo sin preocuparse de los demás. Han tenido un tren regio en su hotel de París y en sus numerosos castillos, mientras que mi abuelo y mi padre, vivían como yo, en esta casucha, buena apenas para guarecer á un cura de aldea. No es el interés el que hacia vos me inclina, ¡os lo juro ante Dios! Pero ver pasar á las manos de un Beaulieu, al mismo tiempo que vuestros veinte años y vuestra belleza, todos los bienes de la casa de Roye (los nuestros), eso es demasiado! No; por mi madre, que nos mira, eso no sucederá.

—¿Como lo impedireis?

—Eso es cuestión mía.

—¿Pero?...

—Tenía un medio,—repuso con aire sombrío;—estos bosques son profundos y espesos, el vizconde pasa con frecuencia á caballo por los sitios más desiertos. Le he tenido más de una vez al alcance de mi escopeta y le he apuntado...

—¡Eso es horrible!

—Por eso me he detenido. Por lo demás, para un pretendiente que muere, hubieran venido otros ciento. Amais al vizconde, pero el corazón cambia. ¡Le hubierais olvidado! Yo tenía otra esperanza... pero difícil de realizarse... Se necesitaba una circunstancia rara, estraña...., imprevista... una circunstancia como la que os ha conducido á Brandes...

La señorita de Roye se puso livida.

Ya no podía dudar. Por lo demás, Santiago la hubiera sacado de dudas, si aun conservara alguna, porque añadió:

—Quería teneros en mi poder. Ya lo estais. ¿Qué decidis?

Se habia levantado y estaba en pié, cerca de la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Vamos—repuso bruscamente,—hablad!

Y como ella callara, pálida de indignacion y de terror:

—He concluido—la dijo,—á ti te toca hablar.

—¿Sabeis—preguntó Germana con voz alterada—cómo se llama al hombre que se conduce como vos?

—Cobarde.

Germana inclinó la cabeza.

—Es verdad—continuó el baron.—Pero aquí, para entre nosotros, habeis hecho mal en recordarlo, vos á quien tengo en mi poder.

—¡Basta! ¡Os envileceis al amenazarme!

—¡Con qué placer me hariais vos arrojar por vuestros lacayos si estuvieran aquí!—réplico con amarga burla.—Pero aquí soy yo el amo.

Y trastornado por la ira, la cogió de un brazo con tanta violencia, que la pulsera que llevaba se rompió, introduciéndosela en la carne.

—¡Miserable!—exclamó Germana.

El baron no la oía ya.

Como un hombre enloquecido por la embriaguez, estaba bajo el dominio de una idea fija.

En la oscuridad que reinaba en aquella vasta habitacion, disipada apenas por el resplandor de la chimenea, contemplaba temblando bajo su mirada, á aquella joven, tentadora como sazonado fruto cuyo perfume le trastornaba, con los cabellos en desorden, que al caer sobre sus hombros hacían resaltar la delicada blancura de sus carnes y los redondos y hermosos brazos destacándose sobre la seda color carmesí de la colcha.

Su cerebro hervia.

Ni él mismo se daba cuenta del sentimiento á que obedecía: si al demonio del odio, ó al del amor que le impulsaba.

Germana le miró y se estremeció.

Estaba á merced de aquel hombre, cuyas brutales pasiones descomponian su rostro.

—¡Santiago!—dijo con voz ahogada por la emocion, pero casi suplicante,—os escucho y no os comprendo. ¿Qué teneis que censurarme? ¿Cuándo he dejado de ser para vos una parienta cariñosa? Si teneis algun agravio para conmigo, ¿por qué no lo exponeis claramente, como un hermano? ¡Vamos! esto es una prueba, ¿no es verdad? Volved en vos y olvidaré este momento de extravio.

Su acento era acariciador.

—¡Mirad—continuó—por mucho que hicieis no podria temeros! ¡No sois el hombre que quereis aparecer! ¡Si en efecto me amais, el medio de probarme lo está mal escogido! ¡No es con amenazas como se gana un corazon, que tal vez no desee más que ser favorable! Vamos, dejadme, y si mañana os acordais de lo ocurrido esta noche, no os avergonceis por esta accion impropia de un hidalgo, acordaos de que solo vos y yo la conocemos y de que os juro alejarla de mi memoria.

Pronunció Germana estas últimas palabras con un acento tal de dignidad, que conmovió á Santiago.

Pero la impresion debia ser fugaz.

—Palabras—dijo—mañana contareis esta aventura á vuestro preferido. El general que ya me tiene por un rústico, me despreciará como á un bandido. No he llegado hasta aquí para retroceder. ¡El que teniendo la presa en la mano la deja escapar, es un imbécil!

Oprimió el brazo de Germana entre sus dedos de hierro; pero ésta tuvo bastanté ánimo para disimular su dolor.

—No esperes adormecerme con tus mentiras—repuso,—tú no tienes más que un propósito: escapar al peligro para reirme de mí. Una vez prevenida, rodeada como una reina, ¿podré yo, pobre de mí, ni siquiera llegar hasta tí? Aquí estamos solos, aquí no hay más que una débil muchacha sobre cuya cabeza descansan los mi-

llones de Roye, y un hombre, desheredado un como sus padres, que va vengarse.

—¡Santiago!...

—¡Ah! ¡tiembles por fin!

—¡Hablábais de vuestra madre hace un momento! ¡Necesitaré invocar su recuerdo para volveros á la razon?

—Sí,—dijo él cínicamente;—¡hablemos de ella y tambien de mi hermana, que se suicidó! ¡Mi madre! ¡Ella pasó su vida maldiciéndoos, vi- viendo como una mercenaria, privándose de todo, por orgullo, por figurar, no en vuestra sociedad de la cual se consideraba separada, sino en el distrito, en las recepciones del alca- de ó del subprefecto! Cuando el obispo venia al canton y se apeaba en nuestra casa, quedaba esta desprovista para seis semanas. La mise- ria de los trabajadores es preferible á la nues- tra. Ellos no tienen títulos que les obliguen. ¡Mi madre! ¡Ella fué quien infiltró en mi cora- zon el odio que profesaba á los marqueses de Roye y á su primogénita! Ella os maldecía, con el alma gangrenada por la envidia, exaspera- da por las miradas protectoras de la mar- quesa, cuando por casualidad se dignaba venir ocho días á los Essarts, que declaraba inhabi- tables. ¡Inhabitables! ¡Un palacio, en compa- racion de nuestra casucha! ¡Ah! ¡vosotros no comprendéis el odio de los aldeanos pobres al pensar en sus hermanos ricos, como príncipes, cuando ellos se ven reducidos á vejetar, con hijas sin dote á quienes nadie quiere, como mis- tias, muertas en el convento, ó hijos encerra- dos en la casa con sus caballerías, los perros y dos ó tres criados!

Se detuvo temblando de ira, agitado por el odio secular acumulado por los suyos.

—¡Ah! escuchad—replicó.—¡Por joven que seáis, habeis debido adivinar qué pensamientos se agitan en nuestras ardientes cabezas, y qué ira de impotente envidia ruje en ellas en la soledad! Esto me ha hecho repetir cien veces pensando en vos: «Ella es el obstáculo. Sin ella

todos esos bienes vendrian á nosotros y nos to- caria al fin nuestro turno en su disfrute». Pero os he visto: ¡érais fresca como una flor recién abierta, y al veros he sido presa de un vértigo! No he hecho más que pensar en los medios de volveros á ver, reconcentrando cada vez más mi pasion en el alma. Yo era presa de un mal, tanto más cruel cuanto que no podia confiárselo á nadie. ¡Cuando llegásteis á los Essarts, hace algunos días, una idea infernal se me ocurrió! ¡Sólo la casualidad podia ayudarme á su reali- zacion! No la abandoné. ¡Habeis hablado de asechanzas? ¡Os hubiera tendido cualquier lazo sin avergozarme! Sois la fiebre que abrasa; po- deis ser el remedio que cura... Esta tarde, cuando abandonásteis la mano á los besos de ese Roberto de Beaulieu, una nube de sangre pasó ante mis ojos. ¡Si yo no hubiera temido más que á la justicia de Dios, le hubiera muerto allí mismo!

La pasion y el deseo se mostraban en su sem- blante de una manera aterradora.

—¡Os amo, os amo!—replicó.—Y si esto es un crimen, en verdad que no sentiré condenarme así. ¡Te adoro, te quiero y seras mia!...

—¡Jamás!

—¡De grado ó por fuerza!

Santiago habia soltado hacía un momento el brazo de la señorita de Roye. Esta estaba en- cogida, replegada sobre si misma.

De un brinco saltó del otro lado del lecho al suelo.

El baron no hizo ni el menor movimiento pa- ra retenerla.

Ella corrió despavorida á las ventanas y tra- tó de abrirlas.

Santiago se encogió de hombros con un gesto de impaciencia.

Los pestillos no cedieron, y al mismo tiempo Germana vió, á través de las vidrieras, las gruesas rejas que tenian al exterior.

Oyó tras si una carcajada burlona.

—¡Me tomas por un tonto?—dijo Santiago.

Medio loca buscó con la vista un arma. No la habia en la habitacion. No se veia en ella más que el lecho, la mesa y los sillones, sobre los cuales estaban sus ropas esparcidas.

—Vamos, decidete—dijo Santiago. Temblando, medio desnuda, bella por la indignacion, miraba frente á frente á su primo. —¿Sois, pues, decididamente, un miserable?—le dijo.

El sonrió de una manera provocativa, seguro del triunfo.

¿Qué podía contra el aquella criatura débil y sin defensa?

—Aunque cometierais una infamia—dijo Germana, ¿de qué os serviría? Yo no os perdonaria nunca.

—Tal vez; dicen que las mujeres olvidan pronto los crímenes que el amor inspira. Y además, ¿quién se casaría despues con la querida de Santiago de Brandes?

Dió un paso hácia adelante.

Germana trató de huir, pero pronto se detuvo y apoyó la espalda en la cabecera del lecho.

—¿Has dicho que jamás?—dijo Santiago.

—Jamás.

—¿Le quieres mucho?

—Sí, le quiero; le quiero por su nobleza de corazón, por su honradez.

—¿Que te proteja él ahora!

Germana sintió la feroz opresion de dos brazos que rodeaban su talle. Santiago se habia lanzado sobre ella, de un salto, como tigre sobre su presa.

Germana lanzó un grito de desesperacion que resonó en el silencio de la noche:

—¡Roberto!

Este nombre fué como el latigazo que pone en movimiento el tiro de un carruaje. Como el espolazo que lanza al caballo sobre los obstáculos.

El resultado no era dudoso.

Agotadas sus fuerzas, despues de una resis-

tencia desesperada, medio muerta, fué transportada al lecho de donde habia huido y cayó en él desvanecida, privada de sensacion, destrozada.

A pesar de sus gritos, nadie se movia en la casa.

Solo Susana oía el ruido de aquel innoble drama y una espresion de siniestra alegría se dibujaba en su rostro.

Tambien ella era de la familia, despues de tantos años como hacia que comia el pan de Brandes.

Para la casa era este el desquite de los años de miseria y de abandono.

Y el reloj de arena midió lentamente una de esas hora infames, tan numerosas en la historia secreta de los hombres...

Esta debia traer terribles consecuencias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

30565

En pleno día.

Cuando Susana, cuyo rostro habia tomado hipócrita compostura, entró en la habitacion de la señorita de Roye, despues de haber llamado á la puerta, encontró á la jóven ya vestida, con las ventanas abiertas y contemplando aquel lúgubre paisaje con aire de profundo interés.

—¿La señorita ha pasado bien la noche?—preguntó la sirvienta con tono obsequioso.

—Muy bien.

—¿La señorita no tiene nada que mandar?

—Que preparen mi caballo.

—¿Nos abandona tan pronto la señorita?

—En seguida.

—¿Sin tomar nada?

—No tengo apetito.

Germana contestaba en el tono mas natural del mundo, sin volverse, con brevedad, pero sin demostrar irritacion.

Susana se admiraba de esto.

Le daban ideas de frotarse los ojos creyéndose dormida, y se preguntaba si era que habia

soñado y soñaba aun. Era imposible sospechar lo que habia ocurrido. El rostro de Germana estaba tan tranquilo como de ordinario, un poco pálido tan solo, pero esto se podia atribuir á las fatigas verdaderamente excesivas de la vispera.

—¡Ah!—dijo en el momento en que la criada iba á retirarse,—se me olvidaba. Que avisen al señor de Beaulieu. ¡Id!

Susana hizo un gesto de resignacion y añadió:

—¿No tiene nada más que prevenirme la señorita?

—No.

—Está bien.

—Mi caballo. No lo olvideis. En seguida.

Y para esplicar esta precipitacion:

—Mi tío debe estar intranquilo—añadió.

Susana se retiró.

La señorita de Roye abandonó la ventana y la espresion de su fisonomia cambió.

Una espresion de altiva dureza se gravó en su animado rostro.

Antes de franquear el dintel de aquella habitacion, que debia dejarla terribles recuerdos, estudió todos sus detalles para fijarlos en la memoria; despues, levantando con su enguantada mano los pliegues de la amazona, se disponia á salir, cuando se presentó un hombre en la puerta.

—¡Vos!—dijo ella.

—Si. Una palabra nada más.

—Decidla pronto; tengo prisa por abandonar esta casa.

—¿Permanecereis inflexible?

—Siempre.

—¿No me perdonareis?

—No; dejadme pasar, os lo ruego.

—¡Cuidado!

—¡Oh! amenazas aun! No me importan. El sol nos alumbra, y vuestros propósitos necesitan la oscuridad.

—¿Entonces quereis la guerra?

—Como os plazca. Pero por mi parte—añadió

bajando la voz,—no me inspirais más que un profundo desprecio.

—¿Y os casareis con ese de Beaulieu?

—No necesito dar cuenta á nadie de mi conducta...

—Sea. ¡Ya reflexionareis!

—Ya está reflexionado.

Una amarga é irónica sonrisa plegó los labios del baron, y dejándola el paso libre, dijo:

—¡Ah! ¡sois más fuerte de lo que pensaba, prima; pasad, pues! Volveremos á encontrarlos, no lo dudeis.

Ella le lanzó una mirada despreciativa.

—Cuando os plazca—dijo.

Cuando estaban en el descanso de la escalera, se presentó un niño, que la tendió los brazos.

Germana se detuvo.

El niño estaba vestido de negro, con una simple chaqueta y un pantalon sujeto á la rodilla por un broche de acero.

Yo no sé qué de triste se descubria en el huérano. Su dulce aspecto, sus delicadas facciones, inspiraban simpatía.

—Es el hijo de Teresa de Brandes, mi hermana, que se asfixió como una obrera,—dijo Santiago al oido de la señorita de Roye.

Germana se estremeció.

¿Era esta una de las causas del odio del baron y su escusa?

Besó al niño con triste sonrisa y pasó.

Roberto de Beaulieu, con sus botas de montar ya puestas y dispuesto á la marcha, acababa de entrar en la cocina.

Presentó un vaso con vino á Germana.

—Gracias—dijo ésta—no tengo sed.

—El aire es muy húmedo.

—¿Qué importa!

En efecto, el viento habia cambiado durante la noche. Una tibia brisa del Mediodía deshacia el hielo de las noches anteriores y el cielo estaba cubierto de brumas.

—Partamos—dijo Germana.

Santiago tenia de la brida el caballo de su prima que parecia rehecho de sus fatigas.

Germana montó con ayuda del vizconde y éste saltó con lijereza sobre su alazan.

El baron saludó.

—Primo—le dijo Germana—os doy las gracias por vuestra hospitalidad. Llevo de ella el más grato recuerdo.

Y dirigiéndose á de Beaulieu, le dijo:

—¿Venis, Roberto?

—A vuestras órdenes.

El negro *cob* se encabritó por la presion del bocado.

La amazona se inclinó hácia Santiago de Brandes.

—Adios—le dijo.

—No, hasta la vista.

—Adios—repitió ella con frialdad.

—No, hasta la noche en los Essarts.

—¿Y os atreveréis á ir?

—¡Pardiez!

Nadie habia podido oir una palabra de aquel cambio de amenazas.

Germana puso en movimiento su caballo, saludó con su látigo y partió al galope por la ruin avenida de encinas, en el momento en que dos criados, montados en excelentes caballos, llegaban, enviados por el general, para que acompañaran á su sobrina.

La señorita de Roye galopaba con verdadero arrebato, seguida con trabajo por sus compañeros.

Parecia haberse propuesto evitar toda conversacion con su enamorado, y marchaba con una velocidad que casi no la dejaba respirar.

Por fin, al llegar á un despoblado, Roberto hizo un desesperado esfuerzo y pudo colocar su caballo al lado del negro *cob* de la jóven.

—¿Germana!—murmuró.

—¿Qué hay?

—Moderáos, os lo suplico; de otro modo mi caballo no llegará á Beaulieu. Está muy fatigado.

—Y además no se puede hablar, ¿no es eso?
¡Sed franco! ¡Eso es lo que os atormenta!

—Os lo confieso.

—Vamos—dijo Germana conteniendo su caballo,—¿qué tenéis que decirme?

—¡Tantas cosas!

—¿Que me amais?

—Desde luego.

—Hablar de vuestro amor, es muy fácil; ¡lo que no es tan fácil, es probármelo!

—¡Ponedlo á prueba!

—Escuchadme, Roberto—repuso con tono grave, acortando aún más la marcha de su caballo, lo cual atrajo una sonrisa á los labios del vizconde,—y hablemos seriamente.

—Decid.

—Vos me habeis dispensado el honor de pedir mi mano.

—¡El honor!—interrumpió Roberto.

—Sin duda, es pues, que me creéis una joven honrada...

—Pura como los ángeles.

—Os juro que, en efecto, jamás he tenido un mal pensamiento. Creo además poder afirmaros que respetaré mi juramento de fidelidad... ¡si lo presto!

—¡Germana!

—¡Y si yo llevo vuestro apellido! ¿Es eso todo lo que exigireis de la que será vuestra mujer?

—¿Qué más podré pedir?

—Pero ella, Roberto, ¿no tendrá derecho á reclamar por su parte una entera confianza, á querer un marido que la defienda, si enemistades poderosas ó no, públicas ó secretas, procuran perderla, si, en una palabra, intentaran manchar esa honra, que yo espero conservar intacta y sin tacha?

—Esas son quimeras; ¿quién se atrevería á hacerlo?

—¡Quién sabe! ¡Yo quiero un marido que crea en mí, que me comunique todos sus pensamientos, como yo le comunicaré los míos; que tenga

fe, para que jamás se levante entre nosotros una nube, una sombra, una duda!...

—¿Por qué esas desconfianzas?

—He tenido un sueño esta noche, un sueño horrible. No soy supersticiosa, pero siento que la felicidad de mi vida está amenazada...

—¿Qué peligro puede amenazarnos?

—¿Existe un ser tal, por elevada que sea su posición, que pueda creerse al abrigo de contrariedades? Ayer me llenaba de alegría el escucharos..., el porvenir me parecía dorado por todos los rayos del sol... ¡hoy tengo miedo!

Germana—dijo el vizconde—la promesa que me pedis no me cuesta trabajo hacéroslo. ¡Que no exigiérais mi sangre, para que yo pudiera al menos probaros cuánto os amo! Si me concedéis vuestra mano, os prometo tener confianza en vos, amar lo que vos améis, aborrecer lo que vos aborrecéis, obedecer ciegamente cualquiera que sea la órden que os digneis darme. ¿Es eso lo que deseáis?

Germana tendió la mano al vizconde.

Este se habia expresado con tan conmovedora dignidad, que se veía bien que sus palabras salían del corazón.

La señorita de Roye estaba muy impresionada.

—¿Me permitiréis reflexionar?...—dijo—¡Oh! no mucho tiempo... el tiempo suficiente para consultar con mi tío... ¡hasta la noche!

Continuaron su camino silenciosos, él lleno de una alegría interior que se reflejaba en su hermoso y varonil rostro, ella pensativa y reconcentrada.

La voz de Roberto la sacó de sus meditaciones, diciéndola:

—¿No habeis oído nada esta noche, á cosa de las dos, en aquel triste caserío de Brandes?

—¿Yo? no... ¿por qué esa pregunta?

—Es que yo me desperté sobresaltado porque creí oír un grito de angustia... ¡que pedían socorro! Aquel grito me estremeció; hubiera jurado, si no hubiera sido porque tal suposición

la creía un absurdo, que era vuestra voz la que gritaba.

Germana se puso muy colorada.

Toda su sangre le afluía á la cabeza.

Hizo un esfuerzo, y dominándose, dijo:

—¡Alguna pesadilla!

Los ginetes entraban en aquel momento en una estensa avenida cercada de una larga y triple fila de árboles seculares.

A lo lejos, al final de la avenida, se distinguía la fachada de un edificio grande, de piedra y ladrillo, de altas ventanas, con persianas blancas, cuyo tejado de pizarra estaba coronado por una cubierta de plomo.

—¡Hemos llegado!—dijo Germana.

De pie, en la plataforma de la escalera exterior, el general esperaba á su sobrina.

El buen señor la adoraba.

Soltero por gusto, muy escéptico respecto á las mujeres, con las cuales era generoso y pródigo, no había dejado de ser por esto odiosamente engañado, lo cual es corriente, y de haberse dado cuenta de ello, cosa que no lo es tanto; quería con pasión á aquella machacha, que era toda su familia, y por la cual tenía verdadera idolatría. Militar de singular bravura, según había probado más de una vez, no estaba dotado de una extrema penetración. Su inteligencia no pasaba de ser mediana, pero su bondad era muy grande. En resumen, el general gozaba de una estimación universal. Era un corazón noble y un verdadero hidalgo, á quien la vida había dado lecciones de indulgencia para con las miserias ajenas.

En cuanto le vió Germana, lanzó su *cof* al galope y fué á apearse al pié de la escalera; corrió hacia él, y en un arranque de ternura, que le sorprendió, se arrojó á su cuello.

—¡Ah! tío,—murmuró.

El general la levantó suavemente la cabeza y la examinó un segundo.

Germana tenía los ojos húmedos y brillantes. Cuando estuvieron solos:

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—Nada.

—¡Tiembles como si tuvieras fiebre!

—¡Es la fatiga! He pasado una noche horrible en aquella lúgubre casa.

El general no comprendió y no podía comprender...

—Los de Brandes no son ricos,—dijo.—¡Pobres gentes! Deberíamos ayudarles. Solo que es preciso no herir su susceptibilidad! Santiago es orgulloso!

Germana se apresuró á cambiar de conversación.

—¡Ah! ¿Sabeis, tío, que Roberto se me ha declarado?...

—No me desagrada eso.

—¡Quiere casarse conmigo!

—¡Ya lo creo! ¡no me estraña que desee casarse con una hermosa joven como lo sois vos, señorita!

—Me ha expresado su amor en los términos más delicados y más... calurosos.

—Es muy capaz de ello. ¿Qué decides tú?

—Lo que vos queráis.

—Tú eres quien debe elegir. ¿Te agrada Roberto?

—Al menos no me desagrada.

—Tu podrías aspirar á un partido más brillante.

—Este me basta, pero...

—¡Ah! ¿hay un pero?

—Sí,—dijo Germana con tono resuelto,—quiero gozar aun de mi libertad de soltera. Correr el mundo, viajar, no quiero encadenarme tan pronto...

—¡Entonces tu crees que el matrimonio es una cadena!

—¡Os lo he oído decir tantas veces!...

—¿A mí?

—A vos. ¿Creíais que no comprendía yo lo que decíais en las conversaciones con vuestros amigos! Y además, tío, la mejor prueba de que

pensais como yo, es que no habeis querido esa cadena... para vos!

Germana habló largo rato con el general, que parecia encantado, y desplegó todas sus gracias para obtener el consentimiento que deseaba, lo cual, despues de todo, no era difícil.

—¿A quiénes esperamos hoy?—le preguntó al separarse de él para subir a sus habitaciones.

—A toda la vecindad. Al subprefecto, al presidente, a los de Breuil y Labarre, al marqués de Rovère... ¿qué se yo? lo menos treinta convidados.

—Pues bien, tío, será una comida de despedida. Nos despediremos de ellos y volveremos a París.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

—¿Así lo deseo!

—Como quieras.

Esta era de ordinario la última palabra del tío con la sobrina.

El general la vió alejarse, graciosa, ágil, levantando la cola de su amazona con su mano de afilados dedos.

—¿Qué hermosa es!—pensó.—¡Ah! ¡si yo hubiera encontrado una igual, cuando era capitán, no estaria soltero hoy, pardiez!

Aquella tarde su amigo el conde Beaulieu llegó antes que los demás invitados.

Roberto habia contado a su padre su conversacion con la señorita de Roye.

El conde se mostraba muy satisfecho.

El consentimiento de Germana era el colmo de las ambiciones de aquel excelente hombre, tan franco, tan leal y tan bondadoso en el fondo, como rudo en su exterior.

No teniendo más que un hijo y un modesto apeadero en París, cerca del hotel de Roye, consagraba nueve meses del año a su castillo de Beaulieu y ponía todo su lujo en sus caballos y en sus perros de caza.

A diferencia de Santiago de Brandes, que no

se desdeñaba en chocar su vaso con el de los aldeanos sus vecinos, y que distribuía con liberalidad esos cordiales apretones de manos que ganan el corazón de un pobre leñador mejor que todas las espléndidas comidas de los palacios, el conde jamás alternaba con ellos y hacia respetar sus posesiones con implacable firmeza.

Así, pues, mientras que el baron de Brandes era adorado en tres ó cuatro leguas a la redonda, el conde de Beaulieu, sin ser precisamente detestado, habia adquirido algunos ocultos odios, entre los cuales el de Triquet, por legítimo que fuera, a causa de los recuerdos de la infancia, no era el más peligroso.

El conde era un hombre de inflexible honor. Las condiciones que de su amigo el general exigió, lo prueban.

Como la fortuna de los futuros no guardaba proporcion, con el fin de que no hubiera lugar a dudas, dijo que no admitiria el contrato sino con una condicion: la separacion de bienes, conservando Germana la libre disposicion de sus rentas, añadiendo que daria a su hijo la mitad de sus bienes, que constituían una renta de unos cincuenta mil francos.

El general de Treville intentó en vano hacerle cambiar de ideas.

El conde era obstinado y testarudo como pocos.

—No quiero ni oscuridades ni errores. Si la señorita de Roye nos dispensa el honor de aceptar a un de Beaulieu por marido, es preciso que sepa que es su persona quien le atrae y no su dinero.

El general cedió, murmurando entredientes su juramento favorito.

—¡Pardiez!

Esta alianza colmaba los secretos deseos del tutor y del padre.

Aquella noche, los salones y el gran comedor de los Essarts, estaban espléndidamente iluminados. En ellos se veía a toda la aristocracia

de tres ó cuatro cantones, al subprefecto de Mortagne, al presidente, dos notarios y los señores de Beaulieu, de quienes nunca se prescindía en las fiestas de la casa.

En el rostro del exoficial de dragones se veía reflejada una satisfacción sin igual.

Los hombres reían y bromeaban.

Las señoras, reunidas en los rincones, cuchicheaban contemplando con admiración á la señorita de Roye, que sentada al piano, tocaba á la sordina una romanza de Mendelsohn.

Germana tenía puesto un traje blanco de lana, muy fino, ligeramente descotado y que dejaba descubierto su cuello de una admirable pureza de líneas, sobre el cual caían graciosamente los rizados mechones de sus hermosos cabellos.

Roberto era también objeto de aquella envidiosa curiosidad de los convidados.

¿No era él el héroe de la fiesta?

Apoyado en el piano, devoraba con los ojos á su prometida, porque no dudaba ya de su consentimiento, y era feliz.

De pronto las dos hojas de la puerta del comedor se abrieron; Germana dirigió hacia allí su mirada y una profunda arruga se marcó entre sus cejas.

El baron Santiago de Brandes había entrado y hablaba con el general, quien le estrechaba afectuosamente la mano.

Adelantóse hacia Germana con desembarazo, se inclinó ante ella y sonrió.

Germana hubiera querido confundirle, pero la observaba su prometido y se dominó.

—¿Habeis venido muy tarde?—le dijo con voz en que se notaba, á pesar de sus esfuerzos, una sorda cólera.—¡Yo hubiera creído que no veniais!

—¡Oh!—replicó el baron,—debiais haber supuesto lo contrario; lo había prometido y yo no olvido fácilmente mis promesas.

—Por lo demás—añadió Germana con ironía,

que comprendió perfectamente Santiago,—tengo una verdadera satisfacción en veros.

La comida se verificó sin incidente alguno digno de ser notado.

La caza de la vispera sirvió de tema á las conversaciones. Este es un asunto del que los aficionados no se cansan de hablar nunca.

Se la encomió mucho.

Santiago de Brandes se mostró muy entusiasmado por sus muchas peripecias y declaró estar muy satisfecho de su resultado.

Estaba de buen humor y habló él solo más que el subprefecto, el presidente, los notarios y todos los invitados juntos.

Sus alusiones, que no podían ser comprendidas más que por Germana, reavivaban las heridas de la pobre joven.

Los convidados del general no sospechaban el drama íntimo que se representaba ante ellos.

El anfitrión tenía un cocinero excelente. La comida era exquisita. Se hacía honor á su mérito con ese apetito de las gentes de pueblo y de los aldeanos, escitado por el aire libre y los violentos ejercicios de largas carreras.

Los viejos vinos de la bodega de los Essarts ayudaban á la alegría.

A los postres, y después de destapado el champagne, se levantó el general, y con voz fuerte, como si mandara una carga de caballería, dijo:

—Tengo el gusto de participaros que existe promesa de matrimonio entre la señorita Germana de Roye, mi sobrina, y el vizconde Roberto de Beaulieu, aquí presente.

El corazón del vizconde latió con violencia.

Los que tenían los ojos fijos en él, pudieron notar que le agitó un estremecimiento de alegría.

Pero el general añadió en seguida:

—Por voluntad expresa de la futura, el enlace se verificará de hoy en un año. Espero que esto nos reunirá de nuevo aquí á todos.

Roberto de Beaulieu sufrió una gran decepción.

¡Un año de espera!
 ¿Por qué esa dilacion?

El general no había concluido. Terminó sonriendo:

—Por lo que á mi atañe, yo desearia asistir lo antes posible á la felicidad de estos muchachos, por que esta union me encanta, pero... ¡caprichos de mujer!... preciso es, pues, someterse.

Lavató su vaso y exclamó:

—¡A la salud de los futuros!

La señorita de Roye dirigió á su primo Santiago de Brandes una sombría mirada, lanzánle en ella un verdadero reto.

El hizo como que no se había dado cuenta de ella.

Unicamente cuando tomaban el café en el salon, se aproximó á Germana y la dijo con imperioso acento:

—Escuchad una palabra.

—Con mucho gusto. Además es necesaria una explicacion entre nosotros.

Germana se acercó á una de las ventanas del salon, acompañada de su primo.

—En verdad—le dijo—que no os creia tan audaz. ¿Cómo os atreveis á venir á aquí?

—¿Por qué no? Ya éramos parientes, y en adelante hay un lazo más de union entre nosotros.

—Señor de Brandes—replicó ella con altivez, —ese lazo está ya roto. Tengo la conciencia limpia y el espíritu tranquilo. Yo no creo que la falta de otro pueda pesar sobre mi vida. Mañana voy á abandonar este país y espero que no nos volveremos á ver. Dentro de un año seré la esposa de un hombre honrado. Entonces él me protegerá. Hasta ese momento me protegeré yo misma.

—Me desafiáis y haceis mal.

—¡Aquí no estamos ya en vuestra madriguera! ¡Si me atacáis, me defenderé!...

Santiago se inclinó.

Se hubiera creído que dirigía á su prima la más respetuosa y cordial despedida:

He aquí lo que la decia:

—¡He jurado que ese matrimonio no se verificará, y cumpliré mi juramento! ¿Pretendeis casaros con el señor de Beaulieu dentro de un año? ¡Tenemos tiempo de sobra! No hay prisa. De aquí á entonces, ¿quién sabe lo que ocurrirá? Esperaré.

Germana se estremeció.

La ardiente mirada de su primo penetró en su corazon como una flecha envenenada.

Santiago se despidió del general y desapareció.

Al día siguiente el señor de Treville y Germana, montaban en una silla de postas de su propiedad, y tomaban el camino de Paris.

El ferrocarril no llegaba todavía á aquel desierto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA HISTÓRICA Y LINGÜÍSTICA
 "ALFONSO GARCÍA"
 AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO